

## Luisa Valenzuela: Limpia mirada a la guerra sucia

AGATA GLIGO

Aunque no es bueno para la literatura que sus comentaristas busquen obsesivamente en ella significados históricos o ideológicos —por el conocido peligro de la subordinación del arte— la actual polémica en torno a posibles leyes de amnistía de los delitos contra los derechos humanos me incita a acudir precisamente a la literatura, y en especial, a la delicada visión de una mujer escritora, la argentina Luisa Valenzuela, que en el relato "La palabra asesino" (contenido en **Cambio de Armas**, Ediciones del Norte, Hanover, USA, 1982; tercera edición, 1988) aborda el tema del crimen y la muerte.

Digo el crimen y la muerte, así, en abstracto, esforzándome por centrar la mirada en la objetividad de una historia situada fundamentalmente en Nueva York y cuyo personaje masculino es un joven de veintiocho años que ha vivido en hospitales, reformatorios y cárceles, en Corea y en Vietnam.

La pasión de la protagonista por este hombre que ha matado otros, (*animal de la noche, él se estira a lo largo de su cuerpo y ella sabe que es lo más bello que ha tenido al alcance de la mano*) constituye el eje del relato.

Con profundidad y sutileza notables, la narradora se detiene en la contradicción y el desconcierto frente a una realidad capaz de empujarla a límites reveladores y hacerla percibir una intensidad desco-



nocida. *"A ella, que ama tanto la vida (...) que abandonó en la playa el caracol más bello porque era la casa de un cangrejo ermitaño, ¿le tiene que tocar ahora esto? Había dicho Madre de las aguas, te devuelvo tu caracol tu cangrejito, te pertenecen, y lemanyá en retribución le manda el asesino. El más bello, el más perfecto de todos. Físicamente hablando, porque no sabe si tratándose de asesinatos él no se vuelve desprollojo, torpe"*.

Este lenguaje fuerte y dulce va cercando el sentimiento de disgusto ante el desorden, o mejor dicho, ante el orden subvertido por la muerte provocada y subraya dos necesidades: la necesidad del hombre de contar (*"... tirándole a*

*la cara lo peor de sus caras en procura de autocompasión. Ella alcanza a entender esa necesidad de reconocimiento y es la excusa que se da para seguirlo al dormitorio, con piernas inseguras*") y la necesidad de la mujer de definir y nombrar en voz alta la realidad, lo que, en definitiva, aparece al final del relato como lo único importante, el mayor de los triunfos, un regreso a la vida a través del poder recreador y ordenador de la palabra.

Evidentemente, bajo la trama, asoma un segundo plano: la realidad histórico-política, el desgarró que "la guerra sucia" provocó en nuestros países y la necesidad ineludible de nombrar las cosas por su nombre. Lo siente con claridad el lector contemporáneo y lo corrobora la autora en sus declaraciones.

Luisa Valenzuela, prácticamente desconocida en Chile, es una de las latinoamericanas más leídas en los Estados Unidos, Méjico y Argentina. Autora de las novelas **Hay que sonreír**, **El gato eficaz**, **Como en la guerra**, **Cola de lagartija**, y de los libros de cuentos **Aquí pasan cosas raras**, **Donde viven las águilas**, y **Cambio de Armas**. En 1969, a través de una Beca Fullbright participó en el taller de Escritores de Iowa, USA; luego, en 1972 se trasladó a Barcelona y en 1978, fue invitada a Columbia University, en Nueva York, como "Writer in Residence".

Actualmente, en 1989, ha regresado a su patria: Argentina. 